

CAPITULO II.

Es opinion bastante generalmente admitida entre las personas que han estudiado las cosas de España, que Maroto, antes de entrar en las provincias en mayo de 1838, estaba ya en relacion con los cristinos, y habia formado un plan para entregarles á don Carlos y su ejército; y esta opinion adquiere casi un grado de certeza, cuando se examina la conducta de Espartero desde el momento en que Maroto se presentó á la cabeza del ejército carlista.

Espartero habia empleado los meses de mayo, junio y julio de 1838 en reunir en Logroño, Viana y Puente-la-Reina cerca de 30000 hombres. Un inmenso parque de artilleria se

habia trasladado á la ribera, y se habian traído viveres de todos los puntos de España.

Los carlistas temblaban por la suerte de Estella, y sin embargo, cuando toda la atencion estaba fija en este punto, cuando todos los dias señalaba el del ataque la prensa de Madrid, Espartero se retiró y salió de Navarra sin haber disparado un fusilazo. A vista de este hecho ¿no deberá creerse que la retirada de Espartero delante de 12000 carlistas no tuvo otro objeto que el proporcionar á Maroto una popularidad, que dándole un grande influjo en el ejército le ofreciese medios de poner en práctica su plan? Obsérvense las maniobras de Espartero desde julio de 1838 hasta abril de 1839, y se verá que siempre á la defensiva permite á Maroto que se pasee de un extremo á otro de las provincias, y no se mueve de Logroño ni aun en los momentos en que fueron fusilados algunos generales carlistas en febrero de 1839, y fueron desterrados á Francia los ministros y personas mas influyentes de aquel partido, y en que don Carlos dió un dia un decreto por el que declaró traidor á Maroto, y al dia siguiente espidió otro en que le declaraba su mas fiel vasallo. Cuando el ejército carlista, sumido en un profundo estupor no sabia á quien obedecer y todo en las provincias era confusion y desorden, Espartero, que hubiera podido muy fácilmente penetrar en ellas, y que por lo menos debió intentarlo, con grande asombro de

todos los partidos, permaneció en su pasiva inmovilidad. Mas es porque sabia que obrando Maroto con arreglo á las instrucciones de los clubs jovellanistas de Madrid (3) preparaba la destruccion total de los carlistas, y que hubiera sido imprudente obrar antes que estuviere todo preparado para asegurar el buen éxito del plan que se formaba en silencio.

Maroto pensó al principio unirse al partido que entonces ejercia el poder (4), y trató de atraerse el favor del partido navarro, que en realidad no era otro que el de los realistas puros; mas pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, pues los ministros, que conocian sus antecedentes, no correspondieron á sus ofrecimientos, y el mismo don Carlos no podia olvidar que en cierto modo se le habian impuesto (5). Mas tal era su deseo de captarse la amistad de aquellos mismos á quienes despues sacrificó, que habiendo puesto en sus manos los documentos de los procesos de Elío y Zariategui, opinó que debian ser fusilados, y aun ofreció á Don Carlos, que entonces se hallaba en Elorrio, que él mismo haria ejecutar la sentencia al frente del ejército.

Desechado por el partido realista dirigió Maroto sus miras hácia otra parte, y se declaró protector de los generales que estaban en desgracia, colocándose á la cabeza de los descontentos. Su primer acto fue unir á su persona los batallones 1.º y 7.º de Navarra, que eran muy

afectos á Zariategui, á quien consideraban como una víctima de las intrigas de la corte; y estos batallones bien mantenidos, bien pagados, y siguiendo casi constantemente al general, no tardaron en entregarse á él esclusivamente, y se dispusieron á sostenerle contra todo el mundo.

En seguida trató Maroto, auxiliado por su íntimo amigo el ministro de la guerra Valdespina, de hacer cambios en el personal de los batallones. Con este objeto, cerca de 350 oficiales que se hallaban en servicio activo fueron enviados á los depósitos, y reemplazados por igual número de oficiales que por diferentes motivos se hallaban sin empleo, y que por consiguiente eran enemigos del gobierno y estaban dispuestos á vengarse si se presentaba la ocasion.

Apoyado de esta manera, se acercó Maroto á un partido que habia crecido en la oscuridad y se habia aumentado considerablemente hacia algun tiempo, y este partido se componia de los que pretendian terminar la guerra por medio de una transaccion: cuyas bases fuesen la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo mayor, que se proclamaria Rey de España y se casaria con la joven Isabel, haciéndose algunas concesiones de principios, y sin que ninguno de los dos partidos se considerase como vencido.

Maroto les persuadió que para llegar á la ejecucion de este proyecto era preciso que los comandantes de las diferentes divisiones fuesen

hombres seguros, y dispuestos á sostenerle en todo lo que pudiera emprender para asegurar el buen éxito del plan. Empezó tratando de seducir al brigadier Balmaseda, cuyo influjo temia, y cuya actividad era preciso neutralizar, pues era muy querido en el ejército. Maroto salió mal de su tentativa, pues Balmaseda se mantuvo firme, pero fue privado del mando. Este acto de autoridad tenia un doble objeto, esto es, satisfacer el odio que le habia tomado por el chasco que acababa de llevarse, y probar hasta dónde podia estender el ejercicio de su autoridad, pues no ignoraba el afecto que D. Carlos profesaba á Balmaseda (6). Don Carlos, por razones que no es de este sitio examinar, en lugar de castigar estos actos arbitrarios, segun le aconsejaban sus ministros, cedió, y su silencio persuadió á las tropas de que Balmaseda era criminal y que la conducta de Maroto merecia la aprobacion de D. Carlos. Este triunfo, seguido de algunos otros de la misma clase, animó á Maroto que se afirmó en su designio de deshacerse de los jefes navarros, igualmente que de todas las personas que ejercian algun influjo en el pueblo, y gozaban de la confianza del príncipe.

Desgraciadamente para la causa de los verdaderos carlistas, al llegar la princesa de la Beira á las provincias el 16 de octubre de 1838, venia muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro. Hábiale dicho que

estos querian eternizar la guerra para mantenerse en el poder, y que con este fin impedian á don Carlos que tomase ciertas medidas, que hubieran podido conciliarle las potencias de Europa, tranquilizándolas acerca de su conducta futura, y en fin, que con sus intrigas habian hecho quitar el mando del ejército á su hijo D. Sebastian y se oponian á que se le confiase de nuevo. La irritacion de la princesa era grande, y de ella se aprovechó Maroto que hizo circular la voz de que estaba sostenido por ella, y obraba con arreglo á sus órdenes.

La justicia me obliga á decir del modo mas positivo, que ningun acto de la princesa, ninguna palabra salida de sus labios autoriza para creer que jamás haya aprobado ni conocido los planes de Maroto; al contrario, tan pronto como se convenció de las intenciones de este general trabajó cuanto pudo para quitarle el mando. ¿Por qué no pudo nunca conseguirlo? Eso permanece cubierto todavia con un velo misterioso.

Por esta época fue cuando habiéndose convencido los generales Sanz y D. Francisco Garcia de que Maroto estaba en correspondencia secreta con Espartero, y que esta correspondencia se sostenia por el intermedio de oficiales que, bajo el pretexto de desercion ó cange, pasaban y repasaban de un campo á otro, y que algunos de estos oficiales, entre otros el coronel Paniagua, habian venido hasta el cuartel general de Maroto, sin motivo alguno ostensible, creyeron que

debían dar parte de sus sospechas á D. Carlos; mas viendo que sus quejas no eran escuchadas, perdieron que se les separase del ejército, por temor de que Maroto al saber que le habían conocido, quisiera sacrificarlos á su propia seguridad. Don Carlos no prestó atención alguna á sus justas reclamaciones, y solo les respondió que tuviesen confianza en él, pues nadie tenía el derecho de quitarles el mando contra su voluntad y mucho menos el de atentar á su vida. Maroto por su parte atormentaba sin cesar á D. Carlos, pidiéndole que mudase el ministerio y todos los jefes de las diversas divisiones del ejército. D. Carlos siempre irresoluto, no satisfacía á ninguno de los dos partidos.

El 5 de diciembre de 1838 alarmados los ministros por el atrevimiento con que se conducía Maroto, rogaron á D. Carlos que aceptase su dimision, ó pusiese en otras manos el mando del ejército, mas D. Carlos no se decidió á nada, y tuvo en esta irresolucion á sus ministros hasta el mes de febrero. Cinco veces le presentaron su dimision, y siempre los ruegos y promesas del príncipe les decidieron á permanecer en sus puestos. Un dia, hablando el obispo de Leon á D. Carlos, le dijo: «Señor, caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion; hoy es todavía tiempo de que V. M. pueda detener el torrente, pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevalecen

los perniciosos consejos de Maroto; no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa mas sagrada y de la deshonra de V. M.» La respuesta de don Carlos fue tal, que el prelado creyó que debía continuar en el ministerio.

A principios del mes de febrero, renovó el obispo sus instancias, y acabó por pedir permiso á D. Carlos para retirarse á Francia. «V. M., le dijo el venerable prelado; parece que está decidido á consumir su ruina: evitad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad regia, de la pérdida de sus mas gratas esperanzas, y de la de V. M.» D. Carlos rogó de nuevo al obispo que permaneciese á su lado y le ilustrase con sus consejos. «¿Y qué he de hacer?» le preguntó el príncipe.—«Señor, haced el obispo, ó mude V. M. de ministros, ó su general en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilidad del reino; pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolucion, ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un general que esté de acuerdo con los principios de aquellos.» D. Carlos manifestó al obispo lo satisfecho que estaba de la política seguida por sus ministros, que no era otra que la continuacion de aquella cuyas bases

había establecido él mismo en Portugal, y terminó prometiéndole que retiraría el mando de manos de Maroto.

Advertido este á tiempo de lo que pasaba, se presentó el 11 de febrero en el cuartel real, que entonoés se hallaba en Vergara, acompañado de algunos batallones en que tenía entera confianza, y es de suponer que su intencion fuese fusilar á los ministros y á todos los que él miraba como obstáculos á sus planes, y apoderarse de la persona de D. Carlos. Los consejos de sus amigos produjeron algunas modificaciones en este plan, pues le hicieron observar que cuando los generales navarros supiesen la muerte de los ministros, marcharian contra él y librarian á D. Carlos, y que por consiguiente antes de emprender nada era preciso desembarazarse de aquellos rivales peligrosos. Maroto aprobó este consejo; se puso rápidamente en marcha para Estella, y el dia 18 habian dejado de existir los generales Guergué, García Sanz y Carmona, el intendente Uriz (7) y el secretario Ibañez. (8)

Después de esta horrorosa ejecucion publicó Maroto la proclama siguiente:

«Voluntarios: pueblos del reino de Navarra y de las provincias vascongadas:

«Cinco años enteros de heroicos sacrificios en que vuestra sangre se ha vertido á torrentes, vuestras haciendas se han disipado, y habeis sufrido otros mil males que quedarán con-

signados en la historia de vuestra admirable resistencia, no han bastado todavía para saciar la codicia de esos hombres inmorales que, al abrigo de la proteccion del monarca gozaban de todas las comodidades de la vida, y miraban con indiferencia vuestras fatigas, y aun vuestra muerte, con tal de que ellos pudieran reposar en la molicie y vivir á costa vuestra.

«Todos sabeis cual era el deplorable estado del ejército cuando yo tomé el mando y la direccion de él, y sabeis tambien las fatigas que he arrostrado para merecer vuestra confianza.

«Si mis ruegos al monarca han influido en parte para que se os concediese lo que justamente se os debía, no he podido, sin embargo, contenerlo todo. Algunas especulaciones particulares que tenían por objeto intereses privados, se han opuesto á mis deseos y han alejado las esperanzas que yo habia concebido, fundadas en reiteradas promesas en que se me habia asegurado que no se olvidaria jamas la justa consideracion que tan bien mereceis. La audacia de esos hombres malévolos ha llegado á tal punto, que han hecho circular noticias en que os injurian, diciendo que con estar bien vestidos y bien pagados nada haceis sino ser gravosos á las poblaciones.

«Han querido obligarme á que os lleve contra las fortificaciones enemigas, ó á que os sacrifique en nuevas expediciones; y cuando han visto la tenaz resistencia que he opuesto á tal

desprecio de vuestras vidas, han recurrido à la traicion y à medios infames para seduciros; han publicado un gran número de escritos subversivos, han declamado en las calles y plazas, y aun en los lugares santos, esparciendo sus ideas de anarquía, de sedicion y de sangre; en fin, han querido envolveros en nuevas calamidades en recompensa de vuestras pasadas desdichas. Los partes que justifican todo esto me han llegado à Tolosa, y me han obligado à cambiar mi plan y pasar apresuradamente à este suelo del honor, de la fidelidad y del valor, para castigar gravemente semejantes excesos.

« Todos vosotros conoceis los hechos, que son notorios; pero ignorais que por tres veces he pedido al monarca por medio de personas respetables que se hallan cerca de mí, que me permita dejar un mando que yo no solicité, pero que una vez aceptado, no puedo dejar envilecer. He visto vuestra constancia, y no ignoro vuestros padecimientos, y agradeciendo la reputacion fraternal que os he merecido, moriré en medio de vosotros, pero no sufriré mas tiempo el triunfo de la astucia, la codicia y la mala fé.

« Los que provocaban una sedicion militar han sido arrestados, y he mandado ejecutar con ellos un castigo ejemplar, que espero pondrá freno à maquinaciones que harian interminables vuestros trabajos, y acaso inútiles, causándoos las mayores desgracias. Acaba de hacerse sentir

el rigor de las penas que imponen las leyes militares, y seré inexorable en aplicarlas à todos aquellos que olviden sus sagrados deberes.

« Cuando se haya disipado el primer germen revolucionario que se ha esparcido entre vosotros, presentaré yo mismo una justificacion legal, que haré con el parecer del consejero de guerra, auditor general del ejército (9), à quien entregaré las pruebas de todo, que se hallan ya en mi poder. (10)

« Voluntarios y nobles hijos de este reino y de las provincias vascongadas: *viva el Rey, viva la subordinacion*. Sea nuestra divisa la religion ó la muerte, y la restauracion de nuestras antiguas leyes. Por esos principios estamos decididos à morir todos. Lancemos de enmedio de nosotros à los ambiciosos que no cooperen de una manera eficaz al triunfo de la causa que defendemos, y por la cual veis à vuestros padres y à vuestros pueblos cubiertos de luto y de miseria.

« Estella 18 de febrero de 1839.»

El G. de E. M. G.

Rafael Maroto.

El 20 dirigió una carta à D. Carlos, haciendo al mismo tiempo publicar su copia, y estaba concebida en los términos siguientes:

SEÑOR:

« La indiferencia con que V. R. M. ha es-

cuchado mis clamores por el bien de su justa causa desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y mas particularmente desde mis agrias contestaciones con el general Moreno, oscureciendo y despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba solo por aquel entonces con el resto de muy pocas fuerzas despues de que Bilbao hubiera sucumbido encerrado en el todo su ejército con la division inglesa, amilanado y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenia de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente la franca marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me han puesto en el duro caso, no de faltar á V. M. como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó por mejor decir, los de la causa de V. M., sí, de adoptar algunas medidas que asegurarán el orden para en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demas clases y personas deben tenerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente, sirviendo con utilidad á mi patria y á mi rey.

«Es el caso, señor, que he mandado pasar

por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y que estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura, sin miramiento á fueros ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí á defender, no siendo solo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian victimas si se perdiera; sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacion.

«Sea alguna vez, mi rey y señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla aun cuando no sea mas que porque conviene; seguro, como debe estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el dia han podido aconsejarle.

«En manos de V. M. está, señor, la medida mas noble, mas sencilla y mas infalible para conciliarlo todo. No desconoce V. M. el germen de discordia que se abriga y sostiene por personages en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonia y el contento reinará en todos sus

vasallos: de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre deben estimarse como tales, la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

«Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos, porque yo, señor, no vine á servir á V. M. por buscar fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi existencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas provincias, por y lo tanto ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean, y que tal vez facilitará el término de una guerra que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

«Tengo detallado á V. M. repetidas veces las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad general, y muy cerca de sí tiene las que merecen opinion, no solo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la direccion y consejo en todos los asuntos que particularmente en el dia nos agitan, y V. M. se convencerá de haber dado el paso mas prudente y acertado.

«Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones por años enteros á gefes beneméritos, que la emulacion, ó la mas negra intriga indudablemente, pudo presentar á V. M.

como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida con admiracion de la Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño singular de sostener el concepto que arrojó desde luego su real decreto que le hicieren firmar y publicar despues de su regreso á estas provincias (11); y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario D. José Arias Tejeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

«Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y por lo tanto me permitirá V. M. que dé al público por medio de la imprenta esta mi reverente manifestacion; asi como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares. Dios guarde la R. P. de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

«Cuartel general de Estella 20 de febrero de 1839.

Señor:

A L. R. P. de V. M.

Su vasallo y general

Rafael Muroto.

El 19 supo D. Carlos la muerte de sus mas fieles generales y de sus mas firmes apoyos, en Estella, y su sentimiento y el de su esposa fué tan grande, que se alarmó toda la servidumbre

de palacio. Los ministros en cuerpo se presentaron al príncipe y le suplicaron que partiese al momento para ponerse á la cabeza del ejército, conjurándole que tomase una resolución digna de él y de sus valientes defensores. D. Carlos lo escuchó todo, pero no dió respuesta alguna, y se pasaron los días 19 y 20 sin que tomase ninguna determinacion. El 21 pareció que despertaba de su letargo, y queriendo hacer entonces lo que hubiera debido hacer desde el 19, dictó á Arias Teijeiro la siguiente proclama:

Voluntarios fieles vascongados y navarros.

« El general D. Rafael Maroto, abusando del modo mas pífido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, escitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la subordinacion y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formacion de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lo raro ha supuesto que obraba con mi real aprobacion, pues solo asi

podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades ni crímenes; conoceis mis principios; sabeis mis incasantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os asligen.

« Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberania y los mas sagrados deberes, para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para esponeros á ser victimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que despues de esta declaracion, á que quiero se le dé la mayor publicidad, le ausilie ú obedezca. Los gefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impo- nente, próxima á sucumbir, solo en él podia librar su esperanza. Para ejecutarlas, cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero para salvar el trono, con el auxilio de Dios, de to-